

COMENTARIOS DE CIPRIANO DE LA HUERGA A LOS SALMOS XXXVIII Y CXXX

SANTIAGO ORDOÑEZ FERNANDEZ, OCSO.

Monasterio de Sobrado de los Monjes.

INTRODUCCION

“La lectura de estos *Comentarios* elevará al lector y le situará en una atmósfera de paz silenciosa consigo mismo”, nos predice en la presentación Gaspar Morocho Gayo (Vol. IV de las *OBRAS COMPLETAS DE CIPRIANO DE LA HUERGA*). Elevación cultural por habernos aproximado al gran humanista alcalaíno; elevación espiritual y profundización en uno mismo portadora de paz, por la calidad contemplativa del creyente cisterciense, que mira y se mira en la situación y las palabras del poeta salmista, clamor existencial ante la bondad de Yhavé.

“Dos salmos de una gran belleza y contenido”, nos dice el Prof. Natalio Fernández Marcos en la *Introducción al volumen citado*. Contenido muy profundo, por la densidad humana que encierran; belleza, por lo que tiene de evocador y sugerente para todo lector atento y de sensibilidad despierta. Lector atento fué Cipriano de la Huerga y de finísima sensibilidad humanista. Nuestro biblista de Alcalá los comentó con belleza y con hondo contenido. Al presentarnos el salmo con gran fuerza y vida, nos está revelando también algo de su propia vida vigorosa.

El rigor y la elegancia de la traducción española (Cipriano siempre dice que el habla y escribe “en español”, cuando no lo hace en latín) es patente a lo largo de todo el recorrido de los dos opúsculos. La erudición de que hace gala nuestro Cipriano va llevando de aquí para allá al paciente investigador y trabajador de las notas. Es éste Juan Francisco Domínguez, promesa joven y firme del buen hacer filológico en la Universidad española, según la convicción del director y coordinador de estas *OBRAS COMPLETAS*, el profesor Morocho Gayo. *La lengua hebrea*, dice nuestro biblista Cipriano en 2v de *Comentario al salmo XXXVIII*, utiliza el verbo **dicere** de un modo diverso y el significado de esta voz es demasiado amplio como para que podamos nosotros definirlo con pocas palabras”. Como era de esperar, nuestro buen guía Domínguez hace un oportuno llamado de atención con la nota 6: “Nótese, como en otros muchos pasajes de estos **Comentarios**, el afán filológico que guía a la exégesis de Cipriano, en su búsqueda del sentido genuino de los textos bíblicos”. Y cuando nuestro querido exégeta alcalaíno se explaye a propósito de lo que se ha dicho “*de cohibenda et moderanda lingua et silentii fructu*” nos dirá: “Resultaría ciertamente interminable resumir en pocas palabras las cosas que se dicen en las obras de los escritores paganos (...) que aquellos autores celebraron y cantaron tanto en prosa como en verso”. Y allá van nombres como Menandro, Cares, Atenodoro, Anfis, Filónides, Dión y Homero. Después irá al capítulo 3 de la Carta de Santiago y al destacado poeta Quinto Ennio,

quien reforzará lo de Santiago, al igual que Plinio, quien nos dice “en el capítulo 17 del libro octavo de su obra: “*se amansan los tigres (...). En cambio, la lengua humana jamás se amansa, como quiera que es un mal inquieto, lleno de veneno mortífero*” (10v Comentario al salmo XXXVIII, p.23). Como digo, es una delicia ver cómo el autor de la edición, de la traducción y de las notas ha ido a todos esos lugares y nos trae el fruto de su labor, poniendonos al alcance, con laudable precisión, nombres y citas del erudito *Huergensis*.

En este momento, sólo es posible indicar sumariamente lo que observan y muestran nuestros guías a lo largo de todo el *Comentario*:

* El tipo de comentario que hace Cipriano de la Huerga es el que se concentra en las palabras, su etimología, sus equivalentes en hebreo, griego y latín, etc. Coherente, por tanto, con su concepción de la Escritura como *Sacra littera*, al igual que Erasmo y Melanchton, y no tanto como *Sacra doctrina* o *Sacra pagina*.

* El texto que utiliza es el *Psalterium gallicanum*, es decir la primera traducción que hace Jerónimo y que es a partir de la Septuaginta, con textos obelizados que faltan en el texto hebreo.

* Acude al texto hebreo de modo constante y, en general, atinado.

* Tiene conciencia del recurso interdisciplinar al servicio del estudio de la Arcanas Letras, como también lo tenía Fr. Luis de León.

* Hermana la sabiduría bíblica con la sabiduría profana mediante el recurso constante a los autores clásicos, considerados como “*prisci theologi*”. Los cita a través de una antología de Estobeo.

* La técnica de la *imitatio* es frecuentísima en él, cosa normal, por otro lado, en autores del Renacimiento. Cipriano de la Huerga sigue en el estilo a su admirado Cicerón, y sin citarlo, hace suyas bastantes ideas y frases del orador romano.

* En lo retórico es discípulo de Dionisio Vázquez. El salmo 130 lo considera una obra retórica, ajustada a las normas clásicas. Sigue a Quintiliano y, sobre todo, la “*Rhetorica ad Herennium*”, que considera de Cicerón. Es curioso que no haya puesto en cuestión, como lo hizo Lorenzo Valla, si Cicerón es el autor o no. Podía tener sus buenas dudas, dado que el estilo de esta obra es muy diverso y Cipriano de la Huerga está muy avezado en el de Cicerón.

Luego de la labor realizada por quienes nos han preparado tan bien estos *Comentarios* de Cipriano, me estoy preguntando en qué va a consistir la mía . Y, de repente, me vino una idea que me gustó: La labor puede consistir en comentar los *Comentarios*, como un cálido homenaje. La idea me vino precisamente de una frase de Domínguez: “Concebimos la traducción como un acto de homenaje”. En efecto, nos dice poco antes, “No hemos querido, en definitiva, que resultase una obra más bien nuestra que del propio Cipriano”, “obra creativa, distinta del original”. “No ignoramos que en todos los casos la traducción representa ya una interpretación”. El homenaje nuestro pues, cariñoso y respetuoso -va a consistir en leer su *Comentario* desde el comentario de la exégesis actual, dado que éste es el “lenguaje” del salmo para el hombre de hoy. Primer punto, pues, *qué nos dice el salmo a nosotros hoy*, desde una autorizada exégesis.

Segundo punto: *qué dice del salmo Cipriano de la Huerga*. Seguiremos a vuelo de pluma su comentario del mismo. Tercer punto: *Qué nos dice de Cipriano su comentario del salmo*. Y, a modo de conclusión, *qué nos dice todo ello a nosotros hoy*.

1. INTERPRETACIÓN EXEGÉTICA ACTUAL DE LOS SALMOS XXXVIII Y CXXX

De la mano de un buen estudio exegético (el de Luis Alonso Schökel y Cecilia Carniti nos parece de gran valor y el más indicado para nuestro caso), vamos a ver, en primer lugar, qué mensaje, y a través de qué lenguaje, nos transmiten los dos salmos que son objeto del comentario del *Huerguensis*.

** Los dos salmos ponen de manifiesto un profundo e intenso grito existencial.*

Ambos caen dentro del grupo de los llamados “salmos penitenciales” (6,12,38,51,102,130,143): el tercero y el sexto. Escogidos por nuestro biblista para ser comentados, creemos que, el fondo, es por su clamor existencial. La situación límite de angustia incontenible y de discreción, es en el primero, en sentido horizontal. En el segundo, la situación límite de vida o muerte, es en dimensión vertical: clamor desde las profundidades que quiere llegar hasta el cielo, donde está Dios... El salmo XXXVIII destaca en el salterio por su intensidad, que perfila su individualidad por encima del carácter de súplica y de penitencia. Todo él casi un monólogo, de una introspección cargada de tensiones, que salta fácilmente a una visión universal, sin quedar resuelto. El tono es trágico y no hay esperanza de salida luminosa, sino de resignación minimalista. Su diálogo con Dios levanta muy poco el vuelo: Reconoce que su situación particular se circunscribe en la condición humana: ¡Así somos, así es todo hombre! Como si dijera “Es cierto, *tú eres mi confianza ¿qué esperanza me queda* sino un poco de alivio *antes de que pase y no exista?*”

El tema de fondo es, pues, que todo hombre (“adán”) no es más que un soplo (“abel”). Tal es la condición humana y hay que aceptarla sin heroísmo ni entusiasmo. Algo así como cuando decimos “¡no somos nadie!”.

En el salmo XXX, en cambio, el salmista se encuentra al borde de la aniquilación (“hecho polvo”) en el fondo del abismo. Su clamor existencial tiene una fuerza imperiosa apoyada en la hondad de Dios, que le levanta hasta el cielo. La visión vertical comienza con mucho vigor y domina todo el poema. Su relación con Dios no la quiere como “vigilante que anota las faltas” (¿quién será el que salga airoso?), sino, de expectativas; el Dios de quien es propio perdonar (“el perdón es cosa tuya, te toca a ti”). Expresión original y enérgica, fuerza y luz de salvación.

** Por qué ha elegido Cipriano de la Huerga estos dos Salmos*

Del salmo XXX se sabe el motivo, dado que nuestro sabio cisterciense así se lo manifiesta al conde de Luna, el señor don Claudio de Quiñones. Habían tenido una serie de conversaciones sobre el *Convite*, de Platón, y, de corrida, le manifestó el conde que eran los salmos lo que más le impactaba. Entonces Cipriano, basado en su propia experiencia personal, le comenta y le dedica el salmo CXXX “Y si bien cada uno de los salmos (de David) fue inventado y compuesto por el Espíritu Santo para curar las almas, en particular la lectura y meditación del salmo 130 entendí no sólo para la ánima de V. Señoría sabrosa recreación, sino increíble regalo (“*incredibilem animi iucunditatem*”). Como vemos la predilección por este salmo es bien clara. Las dos razones que presenta son: lo bien que está el poeta salmista al acudir a Dios en el salmo y la fuerza

maravillosa de la misericordia divina para levantar al caído (“in excellentem quandam spem, et certissimam bonitatis fiduciam”, 4r).

Los dos salmos, pues, son de una grande experiencia sentida de humanidad... “Humanidad”, en el sentido de situación humana delicada y grave: al borde del no ser, ya a punto de explotar (salmo XXX), ya en el extremo de la desesperación sin fondo y sin salida (salmo CXXX). No se discuten las causas que han llevado a ella; sencillamente, se está ahí. “Humanidad”, en el sentido de calor humano y comprensión: Lo que significamos cuando decimos ser profundamente humano. Pero así... sólo Dios. “De él procede el perdón”. “El hombre no es más que un soplo..., pero tú quien lo ha hecho”. De acuerdo que la situación es des-graciada..., pero “soy como extranjero de mi mismo, soy huésped tuyo”. El acoge en su bondad, en su “humanidad”.

Nuestro humanista de Alcalá ha escogido estos salmos para comentarlos. Veamos ahora la experiencia de humanidad que ha destacado en ellos.

2. LO QUE QUIERE EXPRESAR DEL SALMO CIPRIANO DE LA HUERGA

No es nuestra intención, porque no es el caso, recorrer ahora detalladamente los dos salmos por el camino elaborado de la exégesis que ha realizado nuestro profesor de Alcalá. La hemos leído detenidamente y hemos reconocido cuanto de ella han dicho los que han preparado el volumen IV. Digamos, si, cuál es, a nuestro entender, el punto clave decisivo en cada uno de los dos salmos. Como quien dice, la lección magistral que se desprende como lo más procurado en la intención del exégeta y lo más provechoso para la vida de los destinatarios, sus oyentes o lectores.

2.1. El acto decisivo: El silencio más profundo y personal

Al comienzo mismo de cada salmo, Cipriano de la Huerga va metiéndonos en la “composición de lugar” del salmista: junto con éste, entramos hasta lo más profundo de su persona, “*in abditissimum pectoris conclave*” (salmo CXXX, 6v). Y, desde lo más íntimo y profundo, podremos captar juntamente con él (con el salmista y con Cipriano, que nos acompaña) la distancia abismal que nos separa de aquel lejanísimo punto alto (“*ex editissimo loco*”), metidos como estamos en un pozo hondo. Allí ha ido a parar el pecador “*a fastigio scilicet gratiae in peccatorum praecipitia atque voragines*”: terrible despeñadero y tragón abismo desde la eminente altura de la Gracia. Pues bien, lo que se impone como importante, necesario y urgente es un silencio profundo y personal para entrar en razón, una vez entrados en nosotros mismos: “*Altissimum mentis silentium*” (CXXX, 6v. 7r.).

En el salmo XXXVIII estamos dentro de nosotros mismos como prisioneros, como tapón de botella a punto de saltar: No podemos más por doble motivo: por lo que nos pasa, situación angustiosa “*ab omnibus iniquitatibus meis*” (“*por las culpas todas*”) y “*ex divino flagelo*” (el “castigo divino” revelador de las faltas más ocultas a la memoria humana). Y estamos que no podemos más por quien tenemos presente: Es el impío que puede complicar más las cosas, ya sea poniéndonos mal a Dios frente a nosotros “con su regocijo” (“*ut eorum animos moles vatis aegritudo extolleret in laetitiam*”), ya sea poniéndonos mal frente a Dios, expuestos a hablar de modo impropio (“*id quod*

graviorem poterat concitare animi offensionem). ¿Santa solución?: “*Incredibilem animi moderationem*”, el silencio contenido que revela en este poema una increíble moderación y mesura de espíritu (1r). Si la presión (“gravitas”) que se sentía en el salmo XXXVIII era vertical y de un peso tal que no se podía levantar cabeza ni apenas respirar (130, 7r), la del salmo XXXVIII era horizontal: la presencia insoportable de un enemigo que se regocija del propio mal, burlándose con desvergüenza e insolencia en sus mismas narices (“*impiorum hominum impudentia et petulantia*”, XXXVIII, 1v)

2.2. Entre la “consideratio” y la “contemplatio”

El silencio profundo y personal ha sido fruto de un intenso deseo y de un laborioso esfuerzo (“*vehementer enim cupiebat*”, CXXX, 6v; “*inter tam varia itque peccati incitamenta*”, XXXVIII, iv). Con ello ya se nos está revelando por parte del salmista poeta la intuición de que se juega algo muy importante: el riesgo muy grande de aniquilación o de fallar por completo. por eso, se impone a sí mismo una mesura y un silencio total desde lo más íntimo. Para lo cual “mandó aquietar y callar” por algún tiempo “*cogitationes omnes et viles et degeneres aliquantisper conquiescere et reticere*”: todos los pensamientos viles, bajos y soeces (CXXX, 6v). Logrado ese silencio a fuer de tanto y necesario esfuerzo, su vida está lúcida y firme entre la “consideratio” y la “contemplatio”:

La “**consideratio**” es una reflexión detenida y concienzuda... En efecto, consideraba, “*qualis fuisset eius vita ante acta, quae ratio morum, quanta scelerum gravitas, quam ingens flagitiorum pondus*”: la trayectoria de su vida ¿cuál había sido?; cuál, el tipo de sus costumbres; cuán grande la magnitud de sus pecados; y cuán pesada la carga de sus maldades. De ahí calibró el gravísimo riesgo de su vida y de su salvación.

La “**contemplatio**”, en cambio, no es un acto de reflexión, sino de acogida plena, de visión gozosa de lo que era capaz de impulsarle hasta salvar la altura excelsa y lejanísima de la misericordia de Dios. En la “contemplatio” se inundó de esperanza. Y sobre el realismo de la visión reflexiva de su pasado no dar un pie en falso, sino que mira al futuro -hacia arriba- para dar un grito (“*de profundis clamavi ad te, Domine*”) muy fuerte y muy sentido: muy fuerte, tanto como para llegar hasta el cielo de Dios y que le oiga; muy sentido, como sentido es el peso de su pasado y el riesgo inminente de su vida. La visión se ha hecho voz. La vertical de la caída -del pasado- vista y concienzudamente reflexionada, es recorrida ahora en sentido inverso -vertical de elevación- hecha todo voz y clamor desde las profundidades, desde lo hondo de su vida, desde lo hondo de su ser. Así en el salmo CXXX. En el XXXVIII, el silencio se mantiene tenso conteniendo los dolores acerbos de su pasado y de su enfermedad. Se contiene para que las burlas maliciosas de los aviesos enemigos no le tiren de la lengua. Subyace una reflexión ponderada y una contemplación llena de sensatez de todo lo que le puede pasar si se le va la lengua. Aguanta, es cierto, pero todo tiene un límite y estalla. Estalla, hecho voz, el corazón que le ardía por dentro. Es voz y súplica de la condición humana, experimentada puntualmente en una situación determinada. “Me concediste apenas un palmo de vida”. “Mi vida es nada, es un soplo ante ti. Alívame, dame respiro antes de que pase y no exista”.

2.3. Hasta lo alto y lo eterno, con clamor y súplica de caído y de fugaz

Todo el recorrido de estos salmos “penitenciales” se realizará subiendo hasta la altura salvadora y luminosa de la misericordia de Dios y ante la fuerza inamovible y

consistente del que es “nuestra esperanza”, Pero hasta llegar a él (“antes de que pase”; “hasta” ser escuchado), el clamor y el grito están en el tono menor de la tribulación y de la angustia. Que lejos y qué distinto del salmo octavo: “*Qué es el hombre para que te acuerdes de él; el ser humano, para darle poder?*”. Allí la admiración gozosa surge desde la experiencia del poder otorgado al hombre “sobre la obra de sus manos”. Eso, con respecto al salmo XXXVIII. Y qué decir con respecto al salmo XXXVIII. Con respecto al CXXX, podemos apreciar el gozo y la gratitud admirable ante la letanía de gestas de Dios: “porque es eterna su misericordia (salmo 117). Indudablemente es un grito realista, pero robustecido y sostenido por la esperanza. Eso hace que no sea pesimismo, sino madurez y sensatez.

2. 4. Abierto y magistral: lección para nosotros

Al maestro de Alcalá le encanta destacar que lo sucedido al salmista (David, Músico real, Poeta, dirá él) no lo encuentra como algo cerrado, sino paradigmático. La historia concreta de pecados y de desgracia será muy personal. No se va a repetir, pero a cualquiera puede sucederle algo similar. Lo que queda abierto, para cada uno de nosotros, viene a decirnos el Profesor exégeta, es el acudir a la misericordia de Dios. Eso es una enseñanza de tan valiosa y de tanto provecho que “provoca y anima a la llagadas almas(...) con una maravillosa esperanza y firme confianza de la divina bondad” (CXXX, 4r). Por eso “compuso este divino Cántico(...) también para amonestar a todos nosotros pecadores (...) a no desesperar inconsideradamente por flojedad y flaqueza de ánimo” (CXXX, 7r).

Por tanto, a su vocación de profesor se añade -en coherencia con la naturaleza de estos salmos- el carácter magistral y parenético. Maestro de vida, maestro de humanidad, humanista.

3. QUE NOS DICE DE CIPRIANO DE LA HUERGA SU COMENTARIO

Todo el *Comentario* es una muestra patente de la gran erudición y del bagaje cultural de su autor, así como de su gran nivel espiritual.

Vamos a fijarnos en dos puntos:

3.1 La sensatez

La sensatez pone una nota optimista de equilibrio al realismo pesimista de ciertos temas clásicos grecolatinos y bíblicos: La fugacidad de la vida, la inanidad y vaciedad de la misma, la dignidad y miseria del hombre, la ambigüedad a que está expuesta incluso la generación de una prole o la producción de libros, los peligros de la lengua, el tedio de la vida y sus muchas tribulaciones, el paso del tiempo y la permanente mutación de las cosas (unas ciencias pasan, surgen otras...).

Así, cuando nos hable de la fugacidad de la vida dirá que el hombre “está muriendo en la misma vida humana, como quiera que incesantemente le es sustraído algo de ella”. Y, si dice que, “*ea detracta, non est homo in morte, sed post mortem*”, va a concluir que la vida toda es muerte, vaciedad y nada. Esto, indudablemente, pone de

relieve el carácter mortal de la existencia. Pero la nota optimista y de equilibrio viene dada por quien es el Absoluto, el Dios de nuestra vida que la convierte en río hacia la plenitud inconmensurable del océano: “Así pues, para que en la incertidumbre y la inseguridad no penda yo de una vaga esperanza, mi existencia está en Ti. Es decir, mi vida toda (“quidquid sum et vivo”) estribará en Ti solo, en tu amor y en tu afecto” (salmo XXXVIII 71 r).

Y Cuando hable de la dignidad del hombre, tendrá sumo cuidado en prestar atención a su condición de fragilidad y debilidad: “Dios suele en los hombres justos poner ante nuestros ojos la imagen de los hijos de Dios... y la clara representación de la naturaleza humana y de la debilidad del hombre, para que de la una y de la otra recibamos enseñanza” (XXXVIII 37 r).

3.2 “*Quando ita res habet*” (“Dado que la situación es tal”)

Queremos preguntarnos si hay algo en estos *Comentario* que nos permita atisbar el impacto biográfico de la situación por la que estaba pasando el *Huerguensis* y, como él, tantos intelectuales renacentistas de la España de Felipe II con el doloroso y defensivo cerrojazo ante la Reforma protestante. Cerrojazo que fué también a la ola intensa de Humanismo.

Alusiones directas no parece que las haya o, al menos, no las he encontrado. Lo que sí nos hace entrever la situación de su ánimo es el aire de actualidad dado a afirmaciones generales o de tipo intemporal. Algo parecido a lo que nos sucede cuando cantamos un texto que puede valer y estar en tantos cantantes y recitadores, pero que cobran vida en nuestra vida. Esa vida que recobran refleja nuestra propia vida.

Así, en su amplio “excusus” sobre el silencio, nos habla de los sicofantas y los infames Coriceos. Luego de recordarnos lo que eran aquéllos, nos revela lo que sabe por experiencia: que “por todas partes se hallan dispersos los sicorantas. “En efecto, con gran empeño y afán (magno enim conatu et studio) están al acecho por si a los hombres justos se les escapa de la boca alguna palabra que no sea conforme con la moral”. Evoca cómo los infames Corifeos se dedicaban a escuchar conversaciones en los puerros para saber el contenido de las navegaciones para asaltarlas después, ocultos entre los peñascos. De nuevo, la acerba experiencia: “Así también, ¡ay, dolor!, vemos que a veces hacen algunos en el corazón de las ciudades y en las entrañas de los templos. En efecto, so capa de amistad y parentesco, o bajo otra noble apariencia, suelen escuchar furtivamente, por si a los varones justos se les escapa alguna palabra por negligencia o descuido y al punto se lanzan contra su integridad y denuncian ante príncipes y magistrados lo que aquéllos ni siquiera piensan”. (XXXVIII 33v). En esta confesión de su experiencia es de notar la cantidad de espías que había, las ganas de encontrar ocasión, al menos aparente, y la rapidez con que se lanzan contra la posible víctima. En el fondo, subyace una gran envidia o un servicio mercenario prestado a algún rival.

Nada de extraño, pues, que cuando esté comentando el final del salmo XXXVIII dé la impresión de que se sienta, de veras, “forastero y peregrino en tierra extraña”. Parece que está hablando de sí mismo cuando dice: “Este versículo cierra el canto” (“*aparta tu mano sobre, a fin de que puede verme aliviado antes de que parta y por más tiempo ya no sea*”). Así, pues, *dada que la situación es tal* (“*quando ita res habet*”) a saber, que vivo como un extraño y un extranjero entre desconocidos, más aún, entre adversarios y enemigos”.

4. SABER Y EXPERIENCIA SAPIENCIAL

A punto de concluir, pienso que lo que nos dice a nosotros la figura magistral de Cipriano de la Huerga es que el monje contemplativo de las orillas apacibles del Eiria; el monje de la “lectio divina” y del “scriptorium” que acrecentaba su saber y experiencia sapiencial; el maestro de la cátedra de Alcalá, entregado a sus alumnos, es la expresión del hombre que sale del claustro para hablar a los hombres de su tiempo (su auditorio no es monacal) y, al mismo tiempo, se siente más monje porque sintoniza y se comunica con su tiempo, con el hombre de su tiempo. Es la mejor manera de comprobar que es auténtica la verdad y la cultura: encontramos en ella desde los estados más variados y ocultos.